

y no dando cabida en su pecho al sentimiento de la venganza, natural era que no ensangrentase sus laureles con la sangre de aquel héroe.

—Te perdono la vida, le dijo; pero serás mi prisionero, aun cuando no te faltará nada para vivir tranquilo.

Tal fué el fin de aquella trabajosa y ruda campaña, en la que tantas pruebas de su valor, de su pericia, de su magnanimidad dió el hermano predilecto de Colon.

Los gérmenes de la discordia parecían cortados de raíz. Unicamente podían preocuparle los rebeldes, que al mando de Roldan habian llegado al departamento de Xaragua.

Pero ántes de que tomase las medidas necesarias para combatirlos, recibió el mensaje que por medio de un indio le envió el almirante al llegar á la isla; y como saben mis lectores, corrió á abrazarle, dándole cuenta, despues de haberle dejado reposar de las fatigas de su viaje, de todo lo que habia sucedido, y de la actitud amenazadora y provocativa que guardaba Roldan.

CAPITULO LXX.

Un hombre vil.

ROLDAN se encaminó con su gente al departamento de Xaragua, y no halló obstáculo á su entrada, porque, gracias á las buenas relaciones que habia entablado el adelantado con Anacaona, esta reina se habia aliado con los españoles, y creyó que se acercaba á sus dominios para comunicarle noticias de su esposo, ó cuando ménos para darle alguna órden del adelantado.

Llegaron, pues, los rebeldes sin la menor dificultad hasta el palacio de Anacaona.

Roldan acariciaba el proyecto de apoderarse de la reina y satisfacer su brutal pasion.

Pero no le convenia manifestar desde luego sus propósitos.

Hizo que uno de los indios que le acompañaban pidiese á Anacaona permiso para entrar en sus dominios y presentarse á ella.

La pobre reina no tardó en concedérsele.

Ignoraba que abria la puerta al áspid que aspiraba á devorar su seno.

Los rebeldes penetraron en la ciudad en donde se levantaba el palacio de Anacaona, y ésta dispuso que las indias más hermosas salieran á recibirlos al compás de música salvaje.

La presencia de aquellas mujeres, las más hermosas de toda la isla, entusiasmó á los secuaces de Roldan, que veian en ellas otras tantas víctimas de su desenfreno.

La misma reina salió al encuentro de Roldan, y al verle se estremeció.

Reconoció en él al soldado insolente que habia aspirado á mancillar su honra y receló algun lazo de su parte.

Pero reponiéndose, con su natural energía:

—¿Qué venís á buscar aquí? le preguntó al caudillo.

—Vengo, dijo Roldan, por órden de mi jefe, vuestro aliado, á establecerme aquí con mis tropas. Conviene á su propósito tener soldados en toda la extension de la isla, y á mí me ha cabido la suerte de venir á vuestro territorio y de poder vivir á vuestro lado.

A estas palabras acompañó una mirada lúbrica, que hizo á la reina comprender sus infames designios.

—Cúmplase la voluntad de vuestro jefe, dijo.

Y se retiró.

No convenia á Roldan manifestar sus intenciones desde el primer momento.

Al contrario, su proyecto era mostrarse afable y respetuoso con los habitantes de Xaragua para no amedrentarlos, y sobre todo para evitar que los indios se refugiasen en las montañas y malograsen sus deseos.

Anacaona envió inmediatamente un emisario al adelantado para preguntarle si debia acatar á Roldan y para suplicarle que enviase otro capitán que le inspirase más confianza.

El emisario por atajos llegó al fuerte de la Concepcion; pero no pudo ver al adelantado, que habia salido á perseguir á Mayabonex.

Sin embargo, allí supo que Roldan se habia rebelado contra su jefe, y pudo pocos dias despues anunciar á Anacaona que los soldados españoles estaban allí sin consentimiento del adelantado.

Hasta entónces Roldan habia empleado todo el tiempo de que disponia en recorrer el departamento de Xaragua, para

establecer en todas sus poblaciones destacamentos pequeños y tener á los habitantes bajo su dominio.

Cuando volvió á ver á Anacaona, resuelto á seducirla, ya sabia la reina que no era más que el jefe de los rebeldes, y con gran entereza le manifestó que siendo aliada de Bartolomé Colon, tenia que ser su enemiga.

A partir de aquel momento arrojó Roldan la máscara.

—En vano tratarás de oponerte á mis deseos, le dijo; me he apoderado cautelosamente de este territorio, y tú y tus vasallos estais en mi poder.

—¿Yo ser tu esclava? dijo Anacaona. Nunca; prefiero la muerte.

Y se alejó de la vista de Roldan.

El jefe de los rebeldes, reuniendo á los suyos:

—Ha llegado el momento de que os cumpla mi palabra, les dijo. Hoy mismo es necesario poner al cuello de los indios el dogal de la esclavitud, apoderándonos de sus hogares y de sus mujeres.

No deseaban otra cosa los rebeldes.

Los desgraciados habitantes de Xaragua tuvieron que añadir su maldicion á la de los demas indios, y el mismo dia, los que no huyeron, cayeron en poder de los secuaces de Roldan.

El caudillo fué á buscar á Anacaona.

Habia desaparecido.

Desesperado, envió gente en su persecucion.

La reina fué á refugiarse en la montaña donde habitaba el viejo cacique Biautex, para guarecerse allí con su hija Higuamota de las persecuciones de Roldan.

Desde allí imploró el auxilio de Guaorocaya.

Las noticias que recibió de aquel caudillo la consternaron.

Roldan, desesperado al ver que se le habia escapado su presa, desahogó su ira en los inocentes habitantes del país,

que morian á centenares á sus manos ó lloraban amargamente su perdida libertad.

Roldan aprovechaba la ocupacion del adelantado en su campaña del Ciguay para engrosar sus filas con los indios, y saciar sus brutales apetitos en aquella fértil comarca.

Aunque comprendian que sus excesos no hallarian gracia á los ojos del almirante, confiaba en que sus amigos de Santo Domingo le hablarian á su llegada en favor suyo, y confiaba más aún en que, pudiendo presentarse á él como conquistador del departamento de Xaragua, podria disculpar á sus ojos todos los abusos que habia cometido.

Un dia, cuando ménos lo esperaba, recibió aviso de que habian, llegado á la costa del país en que tantos estragos causaban, tres carabelas españolas.

Al pronto se figuró que podia haberlas enviado el almirante con suficientes tropas para que desembarcaran, lucharan con él y le sometiesen.

Pero los buques anclaron, y Roldan se presentó en la playa para averiguar cuál era el objeto de su llegada.

Aquellos tres buques eran los que Colon habia enviado desde las islas Canarias para que llevasen provisiones á la colonia, en tanto que él hacia nuevas exploraciones.

No tardó en saber esto Roldan, y exigiendo á los suyos que guardasen el mayor secreto acerca de las causas que le habian llevado allí, dijo á los capitanes que aquello era, en efecto, parte de la colonia; que él era su jefe, y que las provisiones y las armas llegaban con la mayor oportunidad.

Uno de los tres capitanes, Alonso Sanchez de Carvajal, fué el primero que descubrió los infames proyectos de Roldan.

Sus soldados, despues de desembarcar las provisiones y las armas, comenzaron á hacer prosélitos entre los tripulantes.

Como los lectores recuerdan, la mayor parte de ellos eran

criminales, á quienes se les habia conmutado la pena que sufrían en cambio de los servicios que debian prestar en la colonia.

Los emisarios de Roldan les pintaron con negros colores el porvenir que les aguardaba si iban á la colonia y se ponian á las órdenes del almirante.

En cambio, si se quedaban con ellos, era muy fácil que dominasen á los demas, y entónces, con provisiones, con elementos para satisfacer todos sus caprichos y apurar toda clase de goces, podrian hacerse allí fuertes, no carecer de nada, recoger mucho oro, y cuando ya estuviesen hartos de vivir allí, refugiarse en cualquier rincon de Europa para sacar partido de sus tesoros.

Estas explicaciones produjeron efecto en una gran parte de los nuevos tripulantes, y se unieron á los rebeldes.

Cuando Alonso Sanchez Carvajal comprendió lo que pasaba, era ya tarde.

Habló á los otros dos capitanes, entre los que se hallaba el pariente de Colon, y convencidos de que les era de todo punto imposible reconquistar las armas y los víveres, procuraron con maña disuadir de su intento al jefe de la rebelion.

—El almirante, le dijeron, habrá llegado al mismo tiempo que nosotros con más víveres que los que hemos traído, con mucha gente y armas. Al mismo tiempo los reyes le han confirmado en todos sus empleos, goza de gran favor en la corte, y si se apodera de vos, podrá sin formacion de causa pasaros por las armas.

—No deseo otra cosa, contestó Roldan, que someterme al almirante, porque yo no tengo queja de él, sino de su hermano Bartolomé, porque ha abusado del poder de una manera indigna. En su presencia misma le acusaré, y probaré á los reyes, si es preciso, que mi conducta es más digna de elogio que de vituperio.

Conocia Carvajal que, permaneciendo entre los rebeldes lograria atraerlos por buen camino, y de acuerdo con los otros capitanes resolvió quedarse allí.

El viento no era favorable para que las carabelas continuasen la marcha, y acordaron tambien que Antonio Colon fuese por tierra hasta Santo Domingo, mientras que el otro capitan aguardaba que los vientos cesasen para ir por mar con las carabelas.

Desembarcó Antonio Colon con algunos soldados y los artifices que debian emplearse en la explotacion de las minas; pero al saltar en tierra le abandonaron casi todos los soldados, que fueron á engrosar las filas de los rebeldes.

Los esfuerzos que hizo Antonio Colon para persuadirlos, yendo hácia ellos y exponiendo su propia vida, fueron inútiles.

Habló á Roldan, y éste se excusó, manifestándole que por su parte no podia obligar á los suyos á que le obedecieran.

Temerosos entónces los capitanes de los buques de que los tripulantes que aún estaban á bordo siguieran el mismo ejemplo, decidieron que Carvajal quedase con los rebeldes, mientras que Arana y Colon iban por mar á Santo Domingo con el resto de los tripulantes que se mantenian fieles.

Así lo hicieron, y no sin gran trabajo, porque encayó uno de los buques en un banco de arena ántes de llegar al puerto de Santo Domingo.

Las provisiones se habian averiado.

Carvajal llegó poco despues sin haber logrado que los rebeldes implorasen perdon.

Sin embargo, Roldan le habia ofrecido ir á los alrededores de Santo Domingo en el momento en que supiese la llegada del almirante, para entrar en negociaciones con él.

No bien llegó Cristóbal Colon á la colonia con su herma-

no, despues de aprobar todos sus actos, se dispuso á seguir en persecucion de los rebeldes.

Carvajal le detuvo.

Por más que sintiera tener que entrar en negociaciones con aquellos miserables, para no malgastar sus fuerzas en estériles luchas accedió á los deseos de Roldan, y le manifestó que estaba dispuesto á oirle.

CAPITULO LXXI.

Miguel Ballester.



UANDO las esperanzas sonreían al almirante, cuando despues del viaje de exploracion que habia hecho al Golfo de Paria, se habian reanimado sus ilusiones al ver las perlas que habia hallado, y sobre todo al entrar en aquel rico país, el más bello de cuantos hasta entonces habia visitado, tenia que separar su atencion de las nuevas conquistas, de los nuevos elementos de prosperidad y riqueza que podia adquirir, para demostrar en la corte de España cuán infundadas, cuán parciales, cuán malévolas eran las versiones que para desprestigiarle á los ojos de los reyes levantaban sus enemigos; tenia que separar su atencion de aquellos nuevos horizontes, tenia que aplazar el segundo viaje de exploracion que proyectaba hacer al Golfo de Paria, para perder el tiempo en inútiles y acaso vejatorias negociaciones con los rebeldes.

Era un contratiempo que no podia ménos de disgustar en extremo á un hombre que á costa de tantos sacrificios, y sobreponiéndose á sus enfermedades, procuraba pagar la deuda de gratitud que habia contraído con los soberanos de España, y hacer que las conquistas que proyectaba en el Nuevo Mundo llenasen las arcas del Tesoro ó hiciesen envidiables para los demas reyes los triunfos que alcanzaban los que le habian tendido una mano protectora.

La fatalidad habia querido que los elementos, hasta cierto

punto sanos, con que hubiera podido contar para pacificar la colonia, es decir, los soldados y los tres capitanes que llevaba á bordo de sus buques, aterrorizados por la pintura que los rebeldes les hicieron del porvenir que les aguardaba, y seducidos por las falsas promesas de goces que les hacian, abandonasen su deber y fuesen á engrosar las filas de los descontentos, para aumentar el conflicto y hacer más difícil todo arreglo en aquellas angustiosas circunstancias.

Disponíase, sin embargo, el almirante á salir con los pocos soldados leales que tenia á su lado en persecucion de los rebeldes, y las noticias que le llevó Carvajal le sorprendieron en extremo.

Desgraciadamente no eran las intenciones de Roldan someterse á la autoridad del almirante con tanta facilidad como suponía.

El capitán de la carabela que habia ido á Xaragua para tratar de convencerle, habia llegado á Santo Domingo con noticias que auguraban su rendicion y la pronta pacificacion de la isla.

Necesitaba, pues, tomar prontas y enérgicas medidas para evitar el conflicto que su imaginacion le pintaba, y haciendo un supremo esfuerzo, consiguió una vez más que el espíritu triunfase de la materia, que el deseo de desempeñar su noble y grandiosa mision amenguase los dolores que sus enfermedades le producian, para poder hacer el sacrificio de abandonar el lecho, de dejar los cuidados que necesitaba y dedicarse á poner pronto término á las disensiones que destruian su obra de tantos años en breve tiempo.

Corrió la voz en la colonia de que el almirante y su hermano abrigaban el propósito de no consentir que ninguno de los colonos partiese para España, porque no les convenia que se supiese allí la conducta tiránica que observaban en la isla,

y Roldan les decia que solo uniéndose á él, y venciendo al almirante y á su hermano, podrian apoderarse de las carabelas que habia en el puerto, y salir para España á formular sus quejas á los soberanos y solicitar de ellos la justicia que necesitaban.

Para contrarestar esta conversion, expidió el almirante una proclama en 12 de Setiembre, ofreciendo dar pasaje y víveres para la expedicion á todos los que quisieran volver á España en cinco buques que estaban prontos á partir.

No solo se proponia al anunciar esta resolucion desmentir las versiones de sus enemigos, sino debilitar sus fuerzas, porque la mayor parte de los sodoctores anhelaban volver á la metrópoli; irian en su compañía los enfermos y los holgazanes, y librándose de todos aquellos hombres, quedándose únicamente con los que le eran fieles y podian manejar las armas, ó contribuir á los trabajos indispensables para el fomento de la colonia; y de este modo, siendo útiles todos los que permaneciesen á su lado, podria adelantar más, porque no tendria que distraer sus fuerzas del objeto principal de sus deseos para destruir las intrigas y oponerse á las maquinaciones de los que alteraban la paz de los que con su conducta estaban á todas horas dispuestos á encender la tea de la discordia, y á procurar que su siniestra luz iluminase aquellos campos, en donde debia florecer el ramo de oliva.

Si eran ciertas las intenciones de Roldan, si como le habia anunciado Carvajal, estaba resuelto á someterse al almirante, porque el motivo de su rebelion no habia sido el propósito de desobedecer al que represensaba allí la autoridad de los reyes, sino oponerse á medidas que suponía tiránicas y perturbadoras, nada más fácil que una reconciliacion, y por más que solo sintiese desprecio hácia aquel hombre que con tan negra ingratitud pagaba los favores que le habia dispensado,

prefirió aquella humillacion moral, que podria aparecer como un nuevo acto de debilidad por su parte, á empeñar sus fuerzas en una lucha, cuyas consecuencias no estaba en el caso de poder apreciar, porque ignoraba quiénes eran los leales y quiénes los traidores, aun entre los mismos que bajo sus banderas simulaban obedecerle y acatarle.

De todos modos no podia desatender á Roldan, y no queriendo entrar en negociaciones directas con él se dirigió al capitán de las tropas que guarnecian el fuerte de la Concepcion, para que llevase á cabo las negociaciones con los rebeldes.

Desempeñaba todavía aquel cargo el honrado y valeroso Miguel Ballester, que tantas pruebas habia dado de enegía defendiendo el puesto cuya custodia se le habia confiado, como de lealtad y adhesion hácia la persona del almirante y de su hermano Bartolomé, en quienes reconocia verdadera autoridad.

Miguel Ballester era un veterano que habia nacido, habia crecido y habia visto poblarse su cabeza de plateadas hebras en medio de los azares del combate.

Entusiasta partidario desde el principio de su vida de los derechos de la reina Isabel, habia luchado con los enemigos de esta jóven princesa, y más tarde habia contribuido al esplendor de su corona, realizando las grandiosas empresas que habia acometido su soberana para acabar de arrojar de los dominios de España á los sarracenos, destruyendo por completo la Media Luna y plantando en todas las fortalezas que se habian conquistado en los siglos anteriores el signo de la redencion, que en aquella época animaba á los héroes á la guerra, ofreciéndoles, no solo la gloria efimera del mundo, sino la gloria eterna de los mártires del cristianismo.

Justo es presentar con todos sus colores la figura de aquel noble caudillo.

Miguel Ballester tenia á la sazón sesenta años.

Todavía no se habia encorvado su cuerpo bajo el peso de la edad.

Todavía su musculoso brazo podia blandir el pesado mandoble.

Todavía en los momentos de la lucha se inyectaban sus ojos de sangre, sus venas se abultaban, y el valor que ardía en su pecho reflejaba en su semblante, dando á entender que la juventud no habia abandonado su pecho, que no habia malgastado los años en la lucha de las pasiones, y que conservaba todo el vigor, todo el esfuerzo para ocupar su puesto con honra, y dar constantes pruebas de su lealtad y su energía.

Solo una vez se habia conmovido su corazón en presencia de una mujer.

Habia amado, y su sentimiento habia sido correspondido.

Las treguas de la guerra le hicieron entregarse á las delicias del hogar.

Pero su desgraciada suerte quiso que la que participaba de su amor y le adoraba sucumbiese al dar á luz un hijo, fruto de su entrañable afecto.

Habia soportado con resignación aquel golpe de la desgracia, que no debia ser el único que le atormentase en su vida.

Quince años despues, en la flor de su edad, cuando empezaban á sonreírle las ilusiones, murió su hijo, y desde entonces no tuvo más que un afecto, el que profesaba á su reina Isabel.

—Acompaña á Colon, le dijo su soberana, obedécele, y sé su apoyo en todas las ocasiones que de tí necesite.

Esto bastó para que Miguel Ballester fuese el mejor capitán de cuantos llevó á la colonia el almirante.

Convencido de su fidelidad, ántes de partir para España le confió el peligroso puesto donde tantas pruebas habia dado de su nobleza, de su adhesión, de su hidalguía.

Aun aquellos mismos hombres desalmados que estaban á su lado y bajo sus órdenes; aun aquellos mismos criminales que habian preferido á las cadenas los trabajos de la conquista y la ocupación de los territorios; aun aquellos mismos seres abyectos que habian perdido todos los sentimientos de honradez, no podian ménos de venerarle, porque era justo, porque era valeroso, porque causaba asombro en ellos el denuedo con que blandía la lanza, y el heroísmo con que en los momentos difíciles se disponia á morir ántes que dejar ganar un palmo de terreno á sus adversarios.

Ajeno á todas las intrigas, sin más pensamiento que el de obedecer á sus superiores, logró en más de una ocasión contener á los que simpatizaban con los sediciosos, despertar en su pecho gastado la esperanza y la gloria, como un premio, como un galardón, como una felicidad; goces que no podria experimentar abandonando su puesto y yendo á confundirse con los rebeldes.

No podia elegir Colon un negociador más á propósito que Miguel Ballester para que llevase á buen fin sus deseos.

Envióle órdenes terminantes, anunciándole desde luego que Roldán con los suyos se acercaba á la Concepción.

Le encargó que saliera á su encuentro, que celebrara una entrevista con él, que le ofreciese completo olvido de su conducta, y el perdón para él y los suyos con tal de que se sometiese al cumplimiento de sus deberes, y fuese á Santo Domingo, en la seguridad de que seria respetada su vida y la de sus compañeros.

Por si la palabra del anciano no bastaba, le autorizó para que escribiese esta promesa, y además le manifestó, que aunque parecieran debilidad de su parte y humillación aquellas seguridades que daba á los rebeldes, estaba resuelto á formularlas por escrito y á autorizarlas con su firma.

Para que entrasen por buen camino prefirió oscurecer su gloria á manchar los campos de la virgen América con la sangre de los españoles, derramada por sus mismos hermanos.

Miguel Ballester aceptó con entusiasmo esta misión.

¿Qué mayor gloria podía esperar que el obtener toda la confianza del almirante, que el conseguir la pacificación de la isla, y reunir los esfuerzos de todos para evitar aquellas disensiones, cuyos resultados no podían dejar de ser funestos para todos los españoles?

A fin de no dar que sospechar á Roldan, despues de dar sus órdenes, sin compañía alguna, sin armas, salió al encuentro de los rebeldes y los halló á poca distancia del fuerte, en medio de las llanuras del Bonao.

Uno de los rebeldes más importantes, don Pedro Riquelme, había adquirido en aquella parte de la isla grandes terrenos, que cultivaba con benéplacito del almirante.

Pero por la misma razón de que era poseedor de aquella parte del territorio, no se avenía á respetar la autoridad del almirante ni la de su hermano, y desde el principio había sido uno de los agentes más eficaces y más activos de la insurrección.

En una casa que había construido en medio de sus posesiones fijaron los rebeldes su cuartel general, y hasta allí llegó Ballester para tratar con él.

Poco ántes que él, llegó uno de los rebeldes que capitaneaba á varios rufianes, y que se llamaba Andrés de Mogica.

Roldan había manifestado deseos á Carvajal de someterse á la autoridad del almirante.

Pero cuando se acercó á Riquelme, éste le desoyó, manifestándole que no debía dar crédito á las promesas del almirante, el cual, aunque tuviese buena intención, dominado por Bartolomé, haría un ejemplar castigo con ellos, y vengaría los ultrajes que había sufrido su hermano.

—Somos bastante numerosos, le dijo, para hacernos independientes.

Cuando llegó Mogica y manifestó á sus dos compañeros que no contaba Colon con todos los habitantes de Santo Domingo y de la Isabela, y que la mayor parte de ellos, al ver que habían llegado pocos víveres, y muchos de los soldados que se habían unido á los rebeldes estaban decididos á hacer causa común con ellos, se convenció Roldan de que no le convenía entregarse, y en esta actitud estaba cuando se presentó Miguel Ballester, y llamando á Roldan, le pidió una entrevista.

No quiso el jefe de los rebeldes ir solo á ella, porque el capitán de la fortaleza de la Concepción le inspiraba gran respeto, y temía que su influencia debilitase sus intenciones.

Rogó á Riquelme y á Mogica que le acompañasen, y los tres se presentaron á Ballester.

—Vengo, les dijo, en nombre del almirante á ofreceros la paz. No es su debilidad, no es su falta de energía lo que le mueve á pactar con vosotros. Hombres tiene á su lado, y yo soy uno de ellos, dispuestos á derramar hasta su última gota de sangre en su defensa. Pero la idea de una lucha entre españoles en país extranjero le horroriza, y me ha encargado que venga á proponeros el completo perdón de vuestras culpas, el olvido de vuestros actos sediciosos si os sometéis como los demás españoles á su legítima autoridad, y en vez de quebrantar sus fuerzas para realizar los designios de los soberanos, contribuíis á llevar á cabo su obra y desistís de vuestros propósitos.

—No ha podido enviar el almirante un emisario que más condiciones tenga para influir sobre nosotros que vos. No hay en toda la isla quien no reconozca vuestro valor, quien no respete en vuestras vidas, una vida honrada y sin mancha

alguna, y nosotros, que aunque parecemos rebeldes y poderosos, creemos ser representantes de la verdad y de la justicia, somos los primeros en reconocer y acatar. Bien sabeis, y sabrán los soberanos á su tiempo, que si hemos tomado esta actitud hostil, ha sido para poner un correctivo á los abusos de autoridad del adelantado. Si el almirante no hubiese partido de nuestro lado, si no hubiese permanecido ausente, no nos hubiéramos visto en la triste necesidad de rebelarnos. No es, pues, contra él contra quien esgrimiremos nuestras armas. Dispuesto estoy, dispuestos están mis compañeros, á acatar su voluntad; pero es preciso para ello que acceda á nuestras peticiones. En los momentos en que me sublevé, desempeñaba yo las funciones de alcalde mayor de la colonia. Autorizado con este cargo, ofrecí á algunos de los indios de la Vega perdonarles el tributo que pagaban en cambio de los servicios que nos prestaban; el adelantado se ha apoderado de ellos; yacen en gran número en las prisiones de Santo Domingo y de la Isabela, ó mueren sofocados en los buques, y sufren toda clase de enfermedades. No se quejan de don Bartolomé, se quejan de mí; creen que les he engañado, y cumple á mi decoro que se les dé una pronta satisfaccion, que se les conceda la libertad, que se les exima del pago del tributo, que no se les condene á la esclavitud; y cuando esto suceda, veré en estas satisfacciones el deseo de paz, y accederé á las proposiciones del almirante.

—No tengo yo instrucciones, contestó Ballester, para poderos ofrecer lo que pedís. Pero puesto que reconocéis rectitud y justicia en el almirante, acatad primero su autoridad, y no dudeis, que si vuestra peticion es justa, será satisfecha.

—No es bastante eso para que yo resuelva acceder á los deseos de Colon. Decidle que mientras no satisfaga mis justas reclamaciones permaneceré en rebeldía y advertirle, por-

que puede interesarle, que tengo en mis manos los medios de desacreditarle á los ojos de los reyes; que no se envalentone porque ha logrado reconquistar su favor en su último viaje; que piense que su resistencia es insegura, y que un soplo puede destruirla, obligándole á caer desde su altura en el abismo del olvido y del desprecio.

No quiso oír más Ballester.

Dispúsose á partir, y Riquelme, tomando la palabra, dijo

—Añadid á todo lo que habeis oido que no estamos dispuestos á negociar con otro agente más que con Carvajal. El ha estado con nosotros en Xaragua, él sabe nuestras intenciones, él nos ha demostrado una imparcialidad y una equidad que no reconocemos en ningun otro. Si el almirante quiere entrar en negociaciones formales, que le acredite cerca de nosotros para redactar las bases de nuestra reconciliacion.

Ballester, indignado, partió á dar cuenta al almirante del mal éxito de su negociacion.